

Una experiencia más profunda

DÍA 6º: EL DON DEL ARREPENTIMIENTO

«Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo» (1 Ped. 5: 6).

El señor G era un respetado profesor en un pequeño internado escolar de las colinas ondulantes de Eastern Washington, en Estados Unidos. Esta escuela no solo enseñaba lectura, escritura, matemáticas y destrezas vocacionales, sino también los fundamentos de la vida cristiana práctica. Los alumnos aprendían a impartir estudios bíblicos, a predicar en reuniones de evangelización y a dirigir en el ámbito de sus iglesias locales, enseñando la lección de escuela sabática, predicando el sermón y comprometiéndose con la comunidad. El señor G era una parte decisiva de esa educación.

El señor G daba sus clases para el grado undécimo de Biblia basándose en el libro *El camino a Cristo*. Empleaba métodos para grabar en las mentes de sus alumnos la sencillez del evangelio, y su responsabilidad era que comprendieran los principios de cómo andar con Jesús y permanecer diariamente en él. Su propia vida era un testimonio del poder de Dios, y además él subrayaba ante sus alumnos la importancia de empezar el día con Cristo. «Conságrate a Dios todas las mañanas; haz de esto tu primera tarea. Sea tu oración: “Tómame, ¡oh Señor!, como enteramente tuyo. Pongo todos mis planes a tus pies. Úsame hoy en tu servicio. Mora conmigo, y sea toda mi obra hecha en ti”» (*El camino a Cristo*, APIA, 2005, p. 104).

El señor G no solo enseñaba clases de Biblia en el grado superior, sino también carpintería a los muchachos de noveno grado. La clase se dividía en dos secciones. Primero, estudiaban un libro; seguidamente, aplicaban lo que habían aprendido de manera práctica. Un día, durante la clase, el señor G estaba ayudando a tres de los muchachos a construir una pared de apoyo, mientras los otros tres jugaban sobre una pila de piezas de madera. El señor G pidió a estos niños que se mantuvieran alejados de la madera, porque esta podía caerse y herir a alguno. Ellos siguieron forcejeando con la madera y, cuando él se dirigió a hablar con ellos, un gran tablón le cayó en el pie. Bailó por causa del dolor, agarrándose el pie. Los muchachos, pensando que eso era muy divertido, se reían y le señalaban. Al instante, el señor G se enfadó. Acaloradas palabras brotaron de sus labios. Como Moisés, quien perdió los estribos con los hijos de Israel, él los perdió ante sus alumnos.

Tras precipitarse a entrar en un despacho cercano, el señor G clamó a Dios: «¡Lo he estropeado todo, Señor! ¡Ya no puedo enseñar más!». Tranquilamente, la tierna misericordia y compasión de Jesús consoló su corazón, llevándole al arrepentimiento. «Con demasiada frecuencia [Satanás] logra que muchos, realmente concienzudos y deseosos de vivir para Dios, se concentren en sus propios defectos y debilidades. Al separarlos así de Cristo, espera obtener la victoria. [...] Reposemos en Dios. Él puede cuidar lo que le hemos confiado. Si nos ponemos en sus manos, nos hará más que vencedores por medio de Aquel que nos amó» (*El camino a Cristo*, pp. 106-107).

Mientras oraba, le vino un pensamiento: «No puedes quedarte en este despacho todo el día; debes ir a decirles a esos niños que me has representado mal por medio de tu reacción». Humillado, regresó con los muchachos, los cuales seguían donde antes y se culpaban por el estallido del profesor. «No he reflejado a Jesús ante vosotros hoy. Lo siento», se disculpó. Los niños trataron de consolarle diciendo: «¡Está bien! A todo el mundo le pasa. ¡Es normal!».

«A menudo tenemos que postrarnos y llorar a los pies de Jesús por causa de nuestras culpas y equivocaciones; pero no debemos desanimarnos. Aunque seamos vencidos por el enemigo, no somos desechados ni abandonados por Dios. No; Cristo está a la diestra de Dios, e intercede por nosotros» (*El camino a Cristo*, p. 96).

FORMATO SUGERIDO PARA EL TIEMPO DE ORACIÓN

Alabanza

- Señor, te alabamos por nuestro Abogado, Jesucristo, que intercede en favor nuestro.
- Te alabamos porque tú puedes convertir nuestra derrota en victoria.

Confesión

- Por favor, Señor, muéstranos las áreas de nuestras vidas que necesitan tu Espíritu suavizador y refinador.
- Danos, por favor, tu fortaleza para disculparnos cuando hayamos maltratado a otros.

Súplica e intercesión

- Señor, por favor, inspira a los adventistas del séptimo día de todo el mundo a orar como nunca antes. Oremos juntos por la lluvia tardía del Espíritu Santo. Te pedimos el cumplimiento de las promesas de Joel 2, Oseas 6 y Hechos 2.
- También oramos por **nuestra lista de cinco o más personas**. [Nómbrense si se considera apropiado.]

Acción de gracias

- Gracias, Señor, porque eres capaz de libramos de caer (ver Jud. 1: 24).
- Gracias por el arrepentimiento, el perdón y la reconciliación.